

**Documento original de la ponencia presentada
por el Señor Ex presidente Belisario Betancur
en la Semana del Internacionalista y
Politólogo Neogranadino en su V versión.**

El Presidencialismo

SOMBRA Y ESPERANZAS.

Disertación del doctor Belisario Betancur en la Universidad Militar Nueva Granada; agosto 11 de 2008.

I - INTRODUCCIÓN. - LA PIRÁMIDE.

Agradezco a la Universidad Militar Nueva Granada, la honrosa, invitación a participar en estas interesantes jornadas académicas, al lado de personalidades expertas en la materia. Es un excelente preámbulo para evocar, en el bicentenario de nuestra Independencia, las luces y sombras de nuestra existencia republicana.

Empecemos por recoger lo que expresan todos los diccionarios, a fin de definir en el lenguaje escueto de la Real Academia Española, así: «*Presidencialismo es el sistema de mediación política en que el Presidente de la República es también jefe del gobierno sin depender de la confianza de las cámaras.*»

En torno de este breve enunciado se habla enseguida.

La política tiene un componente fundamental: la exaltación de la dignidad humana. En ese propósito coinciden todas las instancias del pensamiento desde los griegos; difieren los mecanismos para alcanzar la meta de dignificación del ser humano, y su felicidad, que son quintaesencia de la praxis política.

La democracia se fundamenta en la voluntad popular libremente expresada; en la existencia de los poderes públicos; en partidos políticos libres y en el libre mecanismo electoral. Todo lo cual se traduce en dos sistemas: el parlamentario y el presidencial, que plantean el tema del equilibrio entre los poderes, legislativo, ejecutivo y judicial. De ese equilibrio y de la legitimación popular constante, surge la gobernabilidad.

Así se concibe la política desde Aristóteles, quien analizó críticamente, como pocos, los comportamientos del ciudadano y su respeto a las leyes de la *polis*, es decir al estado de derecho. La estructura de su pensamiento en "*Politeia*" ha sido comparada a una pirámide, cuya base es el modelo político; el cuerpo central representa el modelo antropológico y la parte superior el modelo ético (1). De lo cual se deducen estas conclusiones:

- La felicidad y el bienestar de la *polis*, es decir del estado, están relacionados de manera íntima con la plenitud del individuo, de suerte que si la *polis* es virtuosa, o sea feliz, serán felices los ciudadanos que participan en ella;
- Es necesario educar para vivir en la *políteía*, es decir, en acuerdo con las leyes que gobiernan la *polis*, lo cual no es esclavitud sino libertad;
- La educación democrática ha de formar seres humanos tanto para saber gobernar como para saber obedecer las leyes (2).

II.- SÓCRATES EN LA POLIS.

El verdadero principio de todas las cosas -dice Aristóteles en la «*Ética a Nicómaco*»- es el hecho, y si el hecho mismo es conocido con suficiente claridad, no habría nunca necesidad de remontarse a la causa.

Así concebida la arquitectura de la ley, el respeto de los ciudadanos se expresa en su credibilidad en la ley. La cual en Grecia era tan profunda, que Sócrates, luego de ser condenado a muerte

¹ POLITEIA, Aristóteles, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1989: Ignacio Restrepo Abondano, Pag. 95

² POLITEIA. op. Citada, página 49.

por un juez, por corruptor de menores, se negó a huir -como lo arreglaron sus discípulos-, porque debía respetar las leyes legítimas aunque injustas, que habían caído sobre él. Aquella respetabilidad era consecuencia de la credibilidad y majestad de la ley, de donde se desprenden la dignidad de la paideia, y la exaltación del ejercicio político, cuando se cumple con limpieza y transparencia.

En una página de inspiración aristotélica, el tratadista francés Maurice Duverger dice que la política es el arte de dirigir los pueblos en busca de la felicidad. Y que ello se cumple mediante mecanismos como la representación, desconocida en la antigüedad clásica y solo incorporada en la Edad Media para el escogimiento de las jerarquías de las órdenes religiosas, como el Cister, al margen de la autoridad de los obispos.

En todos los mecanismos impera un mandato para la defensa de los propósitos generales de la comunidad o de intereses taxativos, como en los siglos IX y X lo determinaban los derechos de los propietarios. La teoría de la representación virtual del inglés Edmund Burke, icono de todos los conservadores del mundo, advertía que el elegido expresa a la nación, sin mengua de la representatividad de sus electores. Rousseau lo negaba, hasta el extremo de sostener que el pueblo inglés vivía en el engaño al pensar que era libre: lo es -decía el autor de *«El contrato social»*- solo en el momento de elegir a los miembros del parlamento; después vuelve a ser esclavo.

La creación moderna del sistema de partidos, surgió con los estados-naciones como procedimiento de la comunidad para hacer oír la voz de sus deseos y necesidades ante el estado. Por lo mismo, al principio los partidos políticos fueron *organizaciones de idénticos*, con un programa unitario para ejecutarlo desde el poder. En la actualidad los partidos son movimientos de próximos, de puertas abiertas a través de las cuales quieren captar adherentes del predio del vecino o de la franja de opinión independiente.

La base de esta construcción es la confianza de los ciudadanos en la limpieza del sufragio, es decir, la credibilidad en los organismos electorales. Dieter Nohlen, quien tanto ha hecho desde la Universidad de Heidelberg por la investigación y sistematización de los procesos electorales en América Latina y el Caribe, recuerda el pensamiento del filósofo José Ortega y Gasset en «La rebelión de las masas»: la salud de las democracias, cualesquiera sean su tipo y grado, dice el filósofo español, depende de un mísero detalle técnico: el procedimiento electoral.

III.- EL PRECURSOR DE LOS PRECURSORES.

Los pueblos latinoamericanos y del caribe se convirtieron en estados soberanos a comienzos del siglo XIX, cuando se desmembraron de las metrópolis europeas; conformaron sus

individualidades con sistemas organizativos y administrativos autónomos, y entraron en comunidad de vida como naciones. La nacionalidad surgió como un sentimiento intelectual superior al hecho físico que les diera origen: fue más fuerte la conciencia de destino que cualquiera otro sentimiento, para constituir el plebiscito de todos los días de que hablaba el filósofo Renán, como síntesis de toda nación.

Desde 1717 el Rey de España Felipe V, había creado el Virreinato de la Nueva Granada con las Audiencias de Santafé, Panamá, Quito y algunas áreas de la Capitanía de Venezuela. En ese propósito diríase que había una creación premonitoria de federalismo. Los primeros balbuceos de nación independiente comenzaron con la Real Expedición Botánica de don José Celestino Mutis, con las ideas de la Ilustración, en la segunda mitad del siglo XVIII. De la Expedición salió, en 1783, la inspiración de voluntariedad de los comuneros del Socorro; y las Capitulaciones de Zipaquirá, que el Arzobispo -Virrey Caballero y Góngora firmó y traicionó-, fueron la primera Constitución de Colombia.

Y Mutis fue precursor de los precursores de nuestra libertad.

En el hervidero libertario de la Expedición, a finales del siglo XVIII llegó el alcaballero visitador Gutiérrez de Piñeres, quien acrecentó las rentas y con ellas las protestas. Con las protestas, surgieron mujeres heroicas como Mercedes Abrego, Manuela Beltrán y Antonia Santos en los Santanderes. José Antonio Galán sucumbiría, ahorcado, el 2 de febrero de 1782, y con él fenecieron *Las Capitulaciones* firmadas bajo engaño en el Puente del Común cerca a Chía y Zipaquirá. El torrente de la independencia ya no podría ser detenido. Seríamos una república soberana desde el 20 de julio de 1810: libre y federal.

Esa evolución, no tan lenta si se piensa en lo acaecido en la vieja Europa o en el milenario Oriente, ha marcado varios límites: el primero, al pasar el voto indirecto al directo; luego, al pasar del voto público al voto secreto; después, al pasar del sufragio restringido al universal; y, en fin, al pasar del voto facultativo al obligatorio.

Igualmente, los modos de escrutinio han evolucionado pasando por el sistema mayoritario, por el sistema de voto limitado o por la lista incompleta, por la representación proporcional y de la mayoría simple a la doble vuelta, en la cual se vota más por tendencias que por candidatos.

Pero siempre, bajo el signo del presidencialismo.

En Colombia como en otros países latinoamericanos, se está todavía en el trayecto de búsqueda de mecanismos de respuesta, lo que acarrea de tiempo en tiempo contraposiciones entre los grupos y grupúsculos de la política.

De esta manera, la trasculturación o la creación de instituciones electorales, ha respondido a circunstancias históricas propias de cada una de nuestras comunidades, entre las cuales conviene no olvidar la cultura democrática de los grupos aborígenes antes de los viajes de Cristóbal Colón y de los descubridores europeos a finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI.

Desde luego, el paso del autoritarismo y del personalismo a la democracia presidencialista, ha sido, la más de las veces, cruento y difícil; y la configuración de ese cuarto poder, el electoral, que garantiza la pureza del sufragio fijando reglas claras y adoptando técnicas modernas, es un logro que si no resuelve «perse» los problemas sociales, económicos y políticos, sí ofrece un camino para la consolidación de la democracia participativa.

La cual, según Churchill, en la imperfección de los sistemas humanos, es la más idónea para alcanzar la igualdad acariciada por los pensadores de todas las épocas desde Cristo hasta Marx, pasando por los enciclopedistas y por cuantos han soñado esa utopía.

IV.- LOS VIENTOS FRESCOS.

América Latina ha saludado con alborozo su Ingreso en el circuito internacional de la democratización, todavía imperfecta tanto como los países de Europa del Este, las repúblicas de la antigua Unión Soviética y partes del Asia y del África. Sin embargo, la persistencia de las contradicciones económicas y sociales presentes en la región, tiende un velo de duda sobre la fortaleza y viabilidad de los proyectos democráticos iniciados desde en el ochenta, en la mayor parte de países del subcontinente.

Las diferencias sociales, heredadas de las estructuras de la Colonia, los millones de latinoamericanos que apenas sobreviven en la miseria, y los aún indescifrables resultados, en términos de productividad y redistribución, de los procesos de modernización económica iniciados en la región, constituyen amenaza a los procesos de democratización.

El marchitamiento de los regímenes autocráticos no asegura por sí solo la consolidación de la democracia, porque ésta requiere para su afianzamiento, de una evolución económica y social que se traduzca en mejor posición en el mercado global y atención de máxima urgencia al gasto social para las necesidades de la población desprotegida.

Por lo general, los procesos de transición democrática se inician cuando se rompe la fortaleza de los regímenes absolutistas, por debilidad de las economías o por el abuso del poder. Las formas en que se asumieron tales procesos dependieron también de circunstancias específicas previas, siendo las principales, la cohesión que no consiguió el régimen en el poder, la fortaleza

o debilidad de los partidos políticos existentes antes de la interrupción democrática y después de ella; y, sobretodo, las desigualdades sociales. Las cuales, en el caso de Colombia, en parte vienen desde el régimen colonial y no fueron corregidas por los nuevos gobiernos al alcanzar la independencia.

La mayoría de las transiciones de los regímenes en América Latina -y Colombia no es la excepción-, no ha sido negociada y su éxito ha dependido de la consistencia y persuasión de los elementos señalados: en efecto, los pactos o arreglos implícitos para transferir el régimen militar al civil, por ejemplo, se han condicionado a la celebración de elecciones; otros fueron ratificados y legitimados mediante *coaliciones consociacionistas*, para usar la expresión del profesor Jonathan Hanlyn «en su «brillante libro «La política del régimen de coalición». (3).

Es aquí donde se puede observar el papel jugado en estas transiciones por los organismos electorales, como gestores de la legitimación del nuevo poder político mediante la transparencia y autenticidad del sufragio.

V.- EN LOS DEDOS DE LA MANO.

Desde la década de los años 80 se produjo en América Latina un inmenso oleaje electoral. Veníamos del cuadro sombrío de los años sesenta en el cual sólo seis países del continente habían calificado, con probada continuidad, su vocación democrática. Aún en el resto del mundo, la situación de los regímenes de libertad fue de poco más de una docena, frente a abundantes regímenes de facto. Los países latinoamericanos con legitimación democrática permanente, se podían contar en los dedos de la mano.

En los países que salen de experiencias autoritarias, la democracia suele estar acompañada de una gran carga normativa y de grandes reformas. Se piensa que así se van a disfrutar las bondades y virtudes de las que se carecía en la autocracia, que se cifran en el estado de derecho y en el mejoramiento de la calidad de vida. Estas expectativas encuentran una confrontación práctica por la forma como la democracia económica se estructura en los países latinoamericanos, todavía con vastos conglomerados humanos sumidos en la pobreza absoluta, como antes dije, por lo cual presentan enclaves de ingobernabilidad. La lucha siguiente se cifra, por tanto, en devolver la esperanza a aquellos grupos de marginados, dándoles participación e insertándolos en un desarrollo sostenible que eleve su nivel de vida.

³ LA POLÍTICA DEL REGIMEN DE COALICIÓN, Jonathan Hanlyn, Tercer Mundo- Universidad de los Andes. CEI. Bogotá, 1993., páginas 25 y 27.

Demos enseguida un vistazo veloz a la realidad actual de América Latina para medir la estabilidad de sus democracias presidencialistas.

VI.- CAUDILLISMOS Y REALIDAD ACTUAL.

El presidencialismo colombiano surge en el siglo XIX en medio de vacilaciones, caudillismos, contradicciones y guerras civiles, como transposición del régimen norteamericano, con ciertas modificaciones; y como calco corregido de las instituciones coloniales. El sistema presidencial desde entonces configuró sus dos especificidades: la norteamericana, con los perfiles que entonces tenía y que básicamente ha conservado; y la del «presidencialismo» autóctono, que es la que se difundió y aclimató de manera homogénea a lo largo de la región subcontinental, degenerando en muchos casos hacia los caudillismos -a veces unilaterales- y hacia los partidos políticos caudillistas, con mengua de la participación directa de la comunidad. Pero sin perjuicio de que la región siguiera avanzando, a pesar de enfermedades antiguas creadas por grupos guerrilleros insatisfechos y por la nueva enfermedad de la droga que, como antes lo hacía el comunismo, recorre ahora el mundo con su carga de terror y de dolor. Y creando mundos ilusorios, que rompen las estructuras psicológicas y distorsionan la sociedad con inmensos capitales insólitos y con créditos mágicos.

Al instalar como presidente de Colombia la reunión de ministros de hacienda y de relaciones exteriores de América Latina en Cartagena de Indias en 1984, expresé que la región necesita «más de socios que de acreedores», y señalé cómo la inversión extranjera de largo plazo permitiría reactivar las exportaciones y mejorar la competitividad de nuestras economías. Veo con satisfacción que esto ha sucedido. Las tasas de inversión han aumentado; las exportaciones se han incrementado en forma significativa. Es, por fortuna, el caso colombiano actual.

VII.- UN ENIGMA INTRIGANTE.

En este contexto, Colombia es un caso singular, «un Enigma Intrigante» según el profesor Hartlyn, ⁽⁴⁾ que sintetiza las posibilidades y las limitaciones de la región; y, que, al ser descubiertas, bien podrían el científico social, el simple analista o el comunicador, deducir las líneas maestras de una Latinoamérica que tiene conciencia de que la integración, inserta en el preámbulo de la Constitución colombiana de 1991, no es uno de los caminos sino el único camino. Desde hace cerca de cinco décadas Colombia tiene guerrillas que carecen de brújula pero que causan daño, tanto en el orden doméstico como en el plano político internacional en el que dan idea de una

⁴ La Política del régimen de Coalición, Jonalhan Hartlyn, op. Citada, página 19.

guerra civil inexistente. Es tal la situación, que los colombianos con humor negro dicen que nuestra guerrilla forma ya parte del establecimiento que ella misma combate.

Ahora, cuando se habla a diario de post-modernidad, es oportuno afirmar que en Colombia somos un pequeño mundo en el cual todavía se encuentran vigentes tanto la sociedad pre-moderna y la de la modernidad, como la post-moderna, si se asume este libreto como la sintomatología de lo que ha entrado en crisis y de lo que se renueva, el trayecto de desasosiego señalado por la búsqueda de nuevas seguridades; y, en fin, los signos que anuncian esos advenimientos.

Quien nos contemple hoy desde los miradores en donde la noticia y la información van acompañadas de sensacionalismo, concluirá que somos narcotráfico, secuestro, terrorismo y guerrillas, café, bananas, violación de los derechos humanos, banderas patrióticas, petróleo, gordas de Botero y fútbol. Pero somos algo más: somos esperanza.

VIII.- ARCADIOS Y AURELIANOS.

Los tiempos modernos no han sido fáciles para Colombia.

El despertar del siglo XX nos sorprendió con la pérdida de Panamá y el premio de consolación representado por las compensaciones de los Estados Unidos. También con el empuje de la revolución científico-técnica -que empezó con Mutis y la Expedición Botánica-, y el dinamismo de la revolución industrial, apenas imaginadas, nos sorprendió en la bucólica paz de una sociedad agraria llena de mitologías y desigualdades, y marcada por las convicciones de la civilización occidental, que se resistían al resplandor heterodoxo de la Ilustración. Insertos en ella, nos hicimos racionalistas hacia afuera y conservamos para la Intimidad familiar, las convicciones y las buenas costumbres.

Fuimos, así, una sociedad dividida entre el sentir y el pensar, entre la ensoñación y el ejercicio de la realidad, entre el deseo y el acto, entre la retórica de los propósitos y el hecho concreto de las realizaciones; en síntesis, seres divididos, escindidos entre lo que deseaban y lo que hacían; seres que transitaban el doble enriellado de la aspiración y la desilusión, en lo cual dejaban el delirio de sus esfuerzos y la nostalgia de presentir que no habían de llegar, como advirtiera pesarosamente Borges. No sincronizábamos el pensamiento y el pragmatismo en términos acordes con la nueva época. Pero era cierto que avanzábamos, sobre la base de un sistema presidencia lista que se advertía ni siquiera con remedos de parlamentarismo, no como tantas veces lo pregonara Alfonso López Michelsen. Un pensador del primer cuarto del siglo XX, quien fue presidente de Colombia, don Marco Fidel Suárez, dijo que el destino de la humanidad es progresar, padeciendo: situaba anticipatoriamente nuestras andanzas en el marco de la aldea global.

Seres fragmentados petrifican una sociedad fragmentada; y esas circunstancias conducen a establecer ámbitos de violencia, descritos en su momento por dos lúcidas mentes colombianas: Rafael Maya, en los años treinta, recreó una vieja verdad en su interpretación de Cervantes, al afirmar que en cada uno de los colombianos hay algo del hidalgo y algo del escudero; Quijotes y Sanchos hacían guerras absurdas, abiertas o disfrazadas, pero al tiempo gobernaban lo ingobernable. Esta imagen la ha sustituido Gabriel García Márquez al observar en «Cien años de soledad», cómo en cada uno de los colombianos se debaten en conflicto sus protagonistas, un *Arcadio* soñador, imaginativo y creador, y un *Aureliano exuberante*, violento, intransigente y recursivo, que batallan alternativamente por destruirse y por sobrevivir.

Lo que sucede es que hemos llegado al momento del quiebre, al punto donde los caminos se dividen y en donde todavía no se percibe con claridad sobre cual sendero ha de colocar su pie el caminante, quien vacila entre teorías y presiones concretas de las más contradictorias procedencias.

Los signos de confusión se aclaran con el espectáculo de un país en ebullición, estudiando, proponiendo, trabajando; de la sociedad nueva que irrumpe por todos los tejidos de la realidad, así la aturden los signos negativos, más no para hacer olvidar la advertencia de aquel viejo reloj egipcio de sol: «es más tarde de lo que suponemos», que previene frente a nuestras inconsistencias.

Por ejemplo, ochenta años luchó la idea de la descentralización por imponerse, hasta cuando, en 1986, el Congreso aprobó la elección popular de los alcaldes y las transferencias del impuesto de valor agregado (IVA) a las provincias: la era de Arcadio hacía su entrada en la historia y su desarrollo habría de sacudir los cimientos de Colombia; pondría de relieve la fuerza creadora de la participación ciudadana con el telón de fondo de la gobernabilidad representado en el presidencialismo; y se liberarían las voces de las minorías étnicas ahogadas con pretextos jurídicos y casi siempre políticos. Surgía el nuevo ciudadano reclamante; y se sometería a juicio la bondad de numerosas instituciones.

Así aconteció no sólo con los partidos políticos y con el sindicalismo sino también con las instituciones eclesiales y con la fuerza pública, las dos instituciones rodeadas de credibilidad y de respeto, también con las instituciones básicas del estado como la justicia, el congreso, con la misma institución presidencial. Todo se puso en entredicho y Colombia comenzó a prepararse para la aventura de hacer que la nación cambiara de rumbo.

IX - PAÍS FORMAL Y PAÍS REAL.

Desde el país real, la historia comenzaba a pasarle la cuenta de cobro, al país formal. El país real estaba formado por componentes de escepticismo y desilusión sobre el país formal, esto es, sobre los sindicatos, la educación, la iglesia, los empresarios, los partidos políticos obsoletos.

Los cuales, nacidos en los comienzos de la nacionalidad, a principios del siglo XIX, acamparon en las tiendas de campaña de las guerras civiles, es decir, en las lealtades consuetudinarias y arbitrarias: federalismo y centralismo, -con Nariño y Torres-, libre cambio y proteccionismo, catolicismo y libre pensamiento, fueron los principios que señalaban su filiación. Pero en 1854 el conservador y centralista don Mariano Ospina Rodríguez, hizo una constitución federal, para reunir las voluntades dispersas; en 1886, Núñez y Caro, federalistas y centralistas, se juntaron para hacer una constitución centralista en lo político y formalmente descentralista en lo administrativo, llamada la *regeneración*, que borraría los comportamientos federalistas del radicalismo en la Constitución Federal de Rionegro en 1863.

Y poco a poco fue perfilándose la certeza de que no se era mejor o peor católico en razón de la filiación liberal o conservadora, puesto que todos practicaban la consagración de la república al Corazón de Jesús, por ley; lo mismo que la consagración del país, también por ley, a la Virgen de Chiquinquirá, cuyo manto fue siempre de color azul que simboliza al conservatismo, como el Corazón de Jesús fue siempre de color rojo, color que identifica al liberalismo. Las fronteras históricas desaparecieron sin dramatismos ni lágrimas, no obstante lo cual se obstaculizaba el paso a las nuevas formaciones políticas, hasta el contrasentido de la paridad en el Frente Nacional para salir del gobierno militar de Rojas Pinilla. Por cierto, régimen que se quedó en la mitad del camino con respecto a la superación de los partidos, y caído el cual, todo el poder público se distribuyó igualmente entre liberales y conservadores, como si no hubiera colombianos con otras formas de pensamiento. Fue entonces cuando, por voluntad de Rojas Pinilla se pasó del presidencialismo al sistema colegiado de la Junta Militar en 1957.

X.- EL AIRE ENRARECIDO.

Lo anterior, dije desde 1995 en conferencia en la Universidad de Londres y es oportuno repetirlo ahora-, enrarecía el aire de la democracia y cegaba los canales de respiración de la sociedad civil-

Por lo mismo, se necesitó del coraje de dos presidentes, el ingeniero Virgilio Barco y el economista César Gaviria; así como de la cosmovisión jurídica del magistrado Hernando Gómez Otálora, para que la Corte Suprema de Justicia abriera la puerta hacia una institucionalidad que situara a Colombia en el tercer milenio: fue la Constitución de 1991, no como punto de estática social sino como cumplimiento de unas ansias y zarpe de unas esperanzas. Debo ser prudente en este juicio, porque la nueva Constitución fue producto de concesiones entre fuerzas disímiles que en algunos casos se inclinaron ante lo procedimental o accesorio a costa de las posiciones de principio. Pero, al contrario de Constituciones anteriores cerradas, la de 1991 abrió las puertas para sus adecuaciones en el tiempo: en 2008, sé le han hecho, por el Congreso, 26 enmiendas.

Igualmente, se había enrarecido el aire para las reformas en la sociedad petrificada. Las carencias de infraestructura social -el analfabetismo, la desnutrición, el desempleo, la dependencia-, hervían en la retorta social, sin cauce para satisfacer los anhelos de la sociedad, con lo cual amparaban el quietismo. Eran los agentes objetivos o impersonales de la subversión, que buscarían la voz de los agentes personales o subjetivos, los guerrilleros, para expresarse.

Cuando en el continente se denunciaba lo anterior en los años 60's y 70's, los personeros del tradicionalista establecimiento colombiano, dispararon su artillería de descalificaciones contra los denunciantes y llegaron hasta señalarlos como «guerrilleros de escritorio». En el Brasil fue excomulgado el sociólogo Fernando Henrique Cardoso, quien al llegar al poder en 1994, comenzó por anunciar que había que liberarse de los viejos dilemas ideológicos. (5).

La cohesión de los partidos históricos, basada en las lealtades del país pastoril que fuera Colombia, saltó en añicos cuando irrumpió la migración del campo a la ciudad; y cuando las nuevas opciones y los medios de comunicación, sustituyeron las lealtades antiguas por adhesiones nuevas.

Había llegado la ruptura. La desintegración de los partidos entró sin pedir permiso. La arrogancia tradicional se resistía a admitir la desvertebración, a pesar del campanazo de alerta en la elección presidencial de 1970, en la cual alternaron las candidaturas de Mísael Pastrana, el General Rojas Pinilla, Evaristo Sourdis y Belisario Betancur. Pero los sectores independientes y aún los votos migratorios se producían en bandadas y consagraban opciones a partir de mayorías nuevas.

Los movimientos cívicos con disímiles componentes, no tardaron en brotar. Como en los juegos de naipes en las fondas campesinas de Colombia, había llegado el momento de «barajar y volver a dar». Hoy los partidos tradicionales no saben qué tienen, ni con qué cuentan más allá de su propia maquinaria. Y esta misma les da desagradables sorpresas, como ocurrió en 1994 en Bogotá, que fuera la capital más liberal de Colombia, cuando fue elegido alcalde, por abrumadora mayoría, el académico Antanas Mokus, ajeno por completo al establecimiento. Como ha ocurrido con la elección de Samuel Moreno Rojas y de otras personalidades independientes en otras ciudades. Y como ha sucedido desde el año 2002, cuando la candidatura de Álvaro Uribe Vélez ha derogado todos los cánones de la política tradicional.

XI.- MENOS ESTADO Y MÁS EFICIENCIA.

Estamos, entonces, en el momento de la desintegración, con componentes insólitos como la para política, en vísperas de una reintegración en la cual es necesario apostar todo. Quien

⁵ EL HOMO SAPIENS SE EXTRAVIÓ EN AMÉRICA LATINA, Belisario Betancur. El Navegante y Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990, página 15 y siguientes.

sepa leer la historia percibirá que son esos los períodos en que la conflictividad despliega todas sus facetas, en donde las caras ocultas de las controversias abundan en matices y en los cuales es necesario cultivar la sabiduría de que las cosas que terminan, ennegrecen al desprevenido con su resplandor postrero, porque antes de perecer brillan con excesiva luminosidad.

Ese trayecto del escogimiento de un nuevo camino en el albor del tercer milenio, ha obligado a redefinir la relación entre el ciudadano, la comunidad y el estado todavía ineficiente; en donde éste ya no es el centro determinante que todo lo absorbe, sino que se hace a la idea del nuevo destino que lo determina como instrumento para gestar una sociedad más humana; estado que tuvo que resignarse a la realidad de que su poder estriba en ser animador del bien común y no poseedor de los bienes para su hartazgo burocrático, porque ellos han de estar en manos de los ciudadanos y de la comunidad; estado en proceso de aprendizaje para lograr ser *estado*, en la plenitud jurídica y social del concepto; estado que empieza a liderar la recuperación y la enunciación de nuevos valores, al tiempo que, a partir de ellos, ha de responder con eficacia al desafío de establecer prioridades sociales que faciliten la convivencia y hagan posible el desarrollo sostenible.

XII.- CLIENTELISMO Y TERRORISMO.

Esta tarea es difícil, porque no son pocos los intereses de los «Aurelianos» del ayer que piensan que aún no llega el día inexorable del cambio.

La época más dura del narcoterrorismo ha sido superada, pero ello no le resta vigencia actual al narcotráfico, en parte resultado de la insolidaridad internacional: es sabido que mientras no se diseñe una política que comprometa a todas las naciones, y no se ponga en marcha una estrategia común que obligue planetariamente, seguiremos en el círculo infernal de recibir acusaciones como productores, procesadores y comercializadores, que aportan las víctimas, y de responder con similares acusaciones contra los consumidores, mientras que el dinero que se produce sigue circulando y generando, en unos, índices un tanto ilusorios de crecimiento; en otros, artificios en el sistema financiero, y en otros, ámbitos misteriosos en donde poco se interroga por el origen. Pero la lucha se adelanta sin cuartel, pese a no pocas incomprendiones internas y externas. Y esa lucha empieza a proyectar su resplandor al plano internacional, como se ha visto en la reunión de jefes de estado en Cartagena de Indias en julio de 2008.

Y, unido a ello, la realidad lacerante de una inseguridad y una violencia que le cuesta billones al país y que, deslegitimada y perdida su vinculación con los ideales de ayer, no encuentra la forma de salir del vórtice de la muerte: violencias que definen la «era de los Aurelianos» desbordados, cuya desgracia no oculta la paradoja del anhelo por la concordia, por el respeto, por la justicia, por la cultura, por la naturaleza, por la convivencia y por la solidaridad en la «era de los Arcadios» que comienza, en donde el entusiasmo anime el conjunto de los sueños.

XIII.- LAS LUCES DEL CAMBIO.

En la otra cara de la moneda, según dije atrás, es apasionante observar cómo una sociedad que navega en medio de tales tempestades, se dedica a la tarea de reconstruir su justicia, la cual se ha vestido el traje de mayestáticas, honestas y heroicas instituciones de estreno, con la persistencia de quienes han comprendido que, sin la justicia justa, ninguna nueva realidad creadora es estable; que la seguridad y el desarrollo dependen de la justicia; que la convivencia la pide y que es preciso ir encontrando el diseño apropiado que la preserve libre y soberana.

No siempre fuimos un país violento. Lo sustentó el historiador Malcolm Deas en denso trabajo presentado en un seminario en Ginebra. ⁽⁶⁾ ¿Por qué lo es ahora? He ahí un tema para más de un seminario. Todo está cambiando en nuestro país, y es ello lo que dibuja el contorno ambivalente, positivo y negativo, de la situación que afrontamos. Nunca se tiene tanta certeza de la claridad como cuando alguien enciende una luz, por pequeña que ella sea. Y hay muchas luces que se están encendiendo. Suelo decir que estamos en el cuarto día de la creación del mundo, separando las aguas para los regadíos y juntándolas para producir energía. A veces pienso que navegamos antes de ese cuarto día; incluso estamos en la gestación de un nuevo ser, simbiosis de nuestros aciertos y nuestras contradicciones.

XIV.- EL SABIO DE SIGLOS.

Aureliano y Arcadio, unidos representan dos momentos irrenunciables de la existencia de Colombia, para completar el ciclo que permita desembarcar de la tiniebla y abordar la esperanza, después de tantos años de soledad.

Cuenta García Márquez, que Melquíades, el sabio de siglos, llegó al Macondo paradigmático que simboliza el nuevo mundo. Venía de las regiones del jaguar, el caimán, la orquídea y la anaconda. Y, sabio como era, no quiso imponer conocimientos ni procesos; tan sólo se limitó a hacer demostraciones y propuestas, hasta lograr que aquel nuevo mundo creara dimensiones inusitadas que merecerían el beneficio de la supervivencia en felicidad.

Melquiades, testimonio planetario, hizo que la «era de Arcadio» fuera posible. Cada vez resulta más necesaria esa fe catalizadora, en un pueblo que despierta con el amanecer a repasar el libreto de los siete días de la creación del mundo. Porque tenemos una inmensa tarea por hacer.

⁶ DOS ENSAYOS ESPECULATIVOS SOBRE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA, Malcolm Deas y Fernando Gaitán. Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995.

Solo aquella fe nos hará cumplir lo que anhelamos ser al comenzar el tercer milenio: una América integrada, sueño esencial de Bolívar.

Aureliano y Arcadio», nuestro Libertador resumió en sus ensoñaciones la imaginación, el pensamiento y el ímpetu que tejen la Colombia de hoy, como en el tejido de bolillo de nuestras abuelas, y que la borden justa y poderosa en el presente y en el porvenir. Cuando Dios, o los dioses, dice García Márquez, hayan de concedernos *cien años de felicidad sobre la tierra*. A < SF